



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Abril de 1872.

NÚM. 23.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

—No puedo olvidar eso porque es la idea que alimenta mi vida.

—Pues siento que deis á vuestra existencia pasto tan malo.

—Explicaos D. Juan.

—Voy á hacerlo, y como deseaba prestaros este pequeño obsequio y daros esta leve prueba de amistad, ya veis que he anticipado la hora y no he i.ó á esperaros en el sitio convenido.

—Efectivamente, ahora dan las doce.

El reloj de palacio acababa de tocar doce lentas pero sonoras campanadas cuya vibracion se perdía en el espacio.

—Hemos llegado al estanque, podemos sentarnos si os parece.

—Sentémonos, y hablad pronto porque me estais matando de impaciencia.

—Dispensadme, marqués, pero el silencio de la noche y la calma que en este lugar nos rodea, imprime no se que gravedad aun á lo mas pueril que no acierto á explicarme.

—Dejémonos de metafísicas D. Juan y vamos á nuestro asunto.

—No os impacientéis marqués, no os im-

pacienteis Nunca es demasiado tarde para saber cosas desagradables.

—Os ruego D. Juan que no perdamos mas tiempo.

—Pues oidme. Esta mañana habeis dicho, dijo Osorio aproximándose á su interlocutor y bajando la voz, que Blanca de Sandoval os amaba á vos solo. ¿Estais muy seguro de eso?

—¡Como! ¿Preguntais si estoy seguro? Segurísimo.

—Siento marqués tener que destruir vuestra ilusion, pero un deber de conciencia me obliga, ya os lo he dicho.

—Explicaos.

—Bien decia nuestro ilustre D. Francisco que el que ama de veras necesita antiparras tanto como el que tiene corta vista.

—Dejaos de las opiniones de Quevedo y vamos al caso.

—Ese caso marqués es deplorable.

—Queréis hacerme creer que Blanca no me ama á mí solo?

—No os lo quiero hacer creer, quiero que lo veais.

—¿Pero como?

—Con los ojos de vuestra cara y no con los del alma.

—¿Será posible que en esa mujer quepa falsia?

—Posible es cuando el rival no puede tenerlo por muchos motivos.

—Quién es el hombre á quien Blanca ama?
—No solo le ama sino que también le recibe en su aposento á altas horas de la noche.

Al oír esto el marqués dió un brinco y se puso de pié llevando la mano á la empuñadura de la espada.

—Vive Dios, D. Juan, dijo centelleándole los ojos de colera, que no os consiento pongáis la torpe lengua en la honra de esa joven. Callad, ó juro por mi nombre que os la corto con mi espada.

—Sucedió lo que habia previsto, marqués, contestó Osorio levantándose pausadamente y sin inmutarse. Quise haceros un favor que no tiene precio y me lo pagáis insultándome.

—Es que vuestras gratuitas aseveraciones no son mas que calumnias que ni puedo ni debo tolerar.

—Ya que por calumnia las habeis tomado, no os diré ni una palabra mas sobre el asunto. Libre sois en aceptarlas como mejor os plazca, como yo lo soy en pedir os una reparacion como cumple á un caballero, tan luego hayais hecho las oportunas observaciones y vuestro honor os obligue á rectificar lo que ahora creéis gratuita aseveracion. Hasta entónces quiero olvidarme de que tengo una espada que puede sin desdora cruzarse con la vuestra.

—Os daré esa satisfaccion cuando querais, contestó el marqués secamente.

—Será cuando vuestra vigilancia de amante se haya persuadido de que un embozado entra las mas de las noches por la puerta del jardin del palacio Sandoval que dá á la calle de San Juan.

—Callad, Osorio, ó no respondo de mi paciencia.

—Supongo que no creereis que si callo es por miedo.

—Sé que sois valiente.

—Y caballero, tanto como el que mas, y para probároslo os dejo por que no quiero que olvideis que estamos en palacio ni que me hagais faltar á mi propósito de no desnudar nunca la espada en estos sitios.

—Teneis razon, fuera en ambos una imprudencia.

—Adios marqués, y no olvideis que os he querido dar una prueba de compañerismo, que vos no la habeis querido aceptar. Hasta el dia que terminemos nuestra conversacion con la espada en la mano. Adios.

Y se marchó por el mismo camino que habian venido dejando al marqués sumido en triste meditacion.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! decia el de Lichen hablando para sí mismo, ¿que he hecho yo

para que todas las mugeres destrozen mi corazon? ¿Será posible que Blanca sea perjurá y desleal, y que su infamia llegue hasta la liviandad?... Ese Osorio parece habla con tanta seguridad..... Pero no, no puede ser..... ¿A que vacilo? Ha dicho que observando puedo adquirir certidumbre. Pues bien, observaré, y ¡guay! de Blanca y del que haya manchado su candor si es cierto. ¡Guay! de Osorio si su dicho es una calumnia nada mas. Y agitado, calenturiento, volvió hácia palacio por el mismo camino que marchó Osorio.

Aun no hacia dos minutos que habia partido, cuando de entre un grupo de pequeños arbustos, salió un hombre.

—Algo terrible se trama contra la felicidad y la vida del marqués de Lichen. Mas por quien soy que he de procurar desbaratar esa intriga y esterminar á esos miserables séres que maquinan de tan cautelosa manera los tormentos de las almas nobles y generosas. El marqués ha vuelto al baile con intencion de espiar la conducta de Blanca. Yo vigilaré la de ellos dos y además la de Osorio, y confio poder parar el golpe y aun contestarlo sir darles tiempo al reparo. Regresemos también á palacio pronto, no sea que noten mi ausencia.

Y por el mismo camino que habian llevado los que acababan de separarse para volverse á encontrar en otro terreno y espada en mano, regresó al Buen Retiro.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

LA SOLEDAD.

Huid, vanos placeres de la tierra
Que al mísero mortal robais la calma;
Cansada ya de padecer mi alma
Toda su dicha en el reposo encierra.

Huid lejos de mí, goces insanos
A que el hombre insensato presta asilo,
Que en mi retiro, y ánimo tranquilo,
Olvidaré vuestros delirios vanos.

Huid por siempre, huid, que solo anhelo
En dulce paz adormecer mi pena,
Y el alma triste de pesares llena,
Vuelve en su duelo la mirada al cielo.

Sólo penas y amargos sinsabores
Hallé en el mundo, y sin igual quebranto,
Y el triste corazon, deshecho en llanto,
Soporta con trabajo sus dolores.

Quiero reposo, soledad y calma;
Quiero vivir sin tristes desengaños
Olvidando del mundo los engaños,
Y feliz sola con la paz del alma.

Oh, ¡dulce soledad! placer profundo,
Goce inefable de delicias lleno,
Antídoto eficaz contra el veneno
Que en ancha copa nos ofrece el mundo.

Deleite celestial, paz venturosa,
Única dicha en la terrena vida,
El alma, de quebranto dolorida,
Solo en tu seno de su afán reposa.

¡Ah! frescas auras, trinadoras aves,
Claro arroyuelo y murmurante fuente!
Cuán grato alivio el corazón paciente
Halla en vosotros, de sus duelos graves.

Mirar del sol la trasparente lumbre
Al trasponer la fácil eminencia,
Y contemplar de Dios la omnipotencia
Desde un peñasco en la elevada cumbre.

Y escuchar de mil aves los gorgoros
Al cantar de la aurora los encantos,
Siendo tal vez sus inocentes cantos
Plegarias de tiernísimos deseos.

Viendo la flor que de perfume llena,
Abre sus ojos y su aroma exhala,
Y el sonoro arroyuelo que resvala
Por entre el musgo en la pradera amena.

¡Qué dulce encanto para el alma triste
Que á ti se acerca de dolor herida!
¡Qué inmensa dicha, soledad querida
A que el alma sensible no resiste!.....

¡Oh vosotros del mundo paladines!
Permitidme á mi vez el que os demande:
¿Hay mayor dicha, ni placer mas grande
De mundo en los lúbricos festines?

Cuando al brindar en la nefanda orgía
Locos bebed del espumante vaso,
¿Me negareis que en vuestro pecho, acaso
Es mas el frenesí que la alegría?

¿No os causan, responded, pesar y tedio
Esos vuestros placeres decantados?
¿No os veis al fin de hastío dorados
Sin encontrar á vuestro mal remedio?

¡Ah! venid, lo hallareis bajo esta sombra
Que os dá amorosa la vetusta encina,
Grato dormir os brinda esta colina
Y el césped y las flores bella alfombra.

Pero no, no vendréis, que os causa enojos
Esta campiña de férax verdura;
Que para contemplar tanta hermosura
Teneis ciego en el alma, y en los ojos.

Seguid en ese mundo que aborrezco,
Seguid viviendo en su insensata orgía;
Y si al mirar con pena mi alegría,
Acaso me envidias..... yo os compadezco.

Reid, pues, sin cesar, gentes menguadas
En vuestro oculto afán, aunque os dé enojos
Ya que llorar no saben vuestros ojos
Lo anuncian vuestras huecas carcajadas.

Yo entre tanto entregada en mi retiro
Tranquila el alma y de dolor agena,
Sin envidias, ni lástima, ni pena,
Desde mi dulce soledad os miro.

Ella mi dicha y mi alegría encierra
Y adormecida en su murmullo blando
Tan solo alcanzo á murmurar llorando:
¡Aun hay felicidad sobre la tierra!

ELENA CERRADA.

LAS MALAS NOVELAS.

II.

Márcanse las edades de un modo perfecto, y se retratan con toda verdad en el género literario á que tuvieron afición.

Así como el hombre se copia en sus escritos, pues que «el estilo es el hombre», según un dicho célebre, también cuando intentemos estudiar una época en lugar de hechos y detalles, que suelen decir poco, recurramos á los gustos é inclinaciones literarias.

Las letras, como obra del hombre, sirven para retratarle, significando lo que medita y siente. Es la novela, y especialmente la dramática, un género de transición, por medio del cual insensiblemente pasamos de la poesía á la prosa; de la primera, que tiene un carácter subjetivo, á la segunda que participa mas del objetivo.

La gradación, el desvanecimiento de los tonos es lento, y merced á ella no nos impresiona con rudeza.

Veamos ahora cómo se verificó el desarrollo de la novela dramática. Detenidas las correrías de los grandes, y además por el abuso que de la novela caballeresca se hizo ridiculizado este género, necesariamente habia de perder, como efectivamente sucedió, toda su importancia.

Desaparecieron de la escena también los poemas épicos y las leyendas: el lugar de la gloria del heroísmo fué ocupado por el sentimiento.

De aquí datan sus perniciosísimos efectos. Por medio de la mala novela dramática han sido aduladas cuantas pasiones el hombre puede padecer, pintadas con singular fruición escenas, que debieran haberse omitido por respeto á las buenas costumbres, avivados aun mas los sentidos ante descripciones famosas; todo esto en perjuicio de

flores tempranas cuyas corolas perdieron su frescura y evaporaron un perfume tan grato como es el de la inocencia.

Indignado Gil y Zárate por el extravío del buen gusto y el marcado desprecio de la moral, estigmatiza á aquellas de «cuadros inmorales y nauseabundos».

En nuestros dias va felizmente como de paso y en evidente decrecimiento. En medio de todo ha contribuido, y no poco, á labrar desdichas y aumentar las amarguras porque todos atravesamos en este valle de lágrimas; mas de cuatro conculcaciones de la ley moral y de las leyes humanas arrancan de ella.

¿Qué imaginacion rica, y por su misma riqueza vehemente, imperando con impetuosidad las pasiones, se detiene ante contradicciones?

Si los deseos de la voluntad, vituperables muchos de ellos, se hallan cohibidos por una regla interna ó por el dictado del legislador, el hombre ¿qué hará?

¿Raciocinar? Pocos lo hacen: la novela dramática ha casi anulado esta preciosa funcion del hombre; la ha desatendido para ocuparse mas de lo concreto, de lo particular.

¿Delinquir? Muchos lo efectúan: unos prevarican y por rendir culto á los sentidos, faltan á la ley moral, y otros, emancipada su voluntad de la conciencia, ven la limitacion de su actividad, en el derecho, como una opresion, y le violan al cometer un crimen.

Los espíritus poco fuertes, al procurar realizar las absurdas concepciones de una vida fantástica é imaginaria, sufren crueles desengaños, y entonces el individuo se pervierte y engrosa la estadística de la *criminalidad*.

Dos enfermedades morales proceden de la novela: el *sentimentalismo* y el *puritanismo* de circunstancias.

El primero ha hecho de la mujer un ser desgraciado, considéresele moral ó físicamente: lanzada de su paraíso, el hogar doméstico, al bullicio del mundo, comienza por torturar sus mas caras afecciones y arraigadas creencias, y á pesar de ello, la mujer sencilla por naturaleza, ¿cómo dominará, donde únicamente prevalecen el dolo y la falsía?

Os engañan preciosos ángeles: os arrojan de un trono rico de dulzuras para que ocupéis otro brevísimo y fugaz por su duracion. ¿Podrá ser permanente una cosa allí donde lo constante se denigra y desprecia en atencion á las formas sociales?

El *puritanismo* de circunstancias es un término necesario á que aspira la novela: ¿fructifican acaso, florecen pensamientos grandes entre miras estrechas y pequeñas? Ciertamente que no. En las malas novelas dramáticas no se ensalza el sacrificio por la generalidad, sino un deseo desmedido por gozar: el fin de ellas es un sensualismo grosero, que no concibe la abnegacion.

Ha impreso en las costumbres un sello característico. El modo de ser de las sociedades, sus deseos, los sentimientos y las aspiraciones han sufrido un cambio.

La entereza primitiva, la religiosidad proverbial, el sacrificio por la palabra, la rectitud y el valor, virtud social que consiste en sobrellevar con ánimo fuerte los infortunios, todo ha degenerado.

La misma literatura participó de sus efectos: para que creciera lozana y robusta, fué preciso que las inteligencias se dedicaran á su cultivo, que las imaginaciones de los poetas quemaran su inspiracion en loor suyo, y que sus plumas tomaran alabanzas, pocas para bien, muchas para mal.

Los críticos conocieron admirablemente sus deplorables resultados, y contra ella dirigieron sus diatribas; los argumentos mas razonables, sus esfuerzos, sus indicaciones, el llamamiento á buen camino fué desoido.

Ni la cariñosa réplica, ni la fraterna concienzuda de los críticos han servido para nada; hoy, á Dios gracias, salimos de su dominacion, no seguramente por amonestaciones, sino por el cansancio del gusto. ¡El carácter humano es así!

La hemos abandonado porque nos ha invadido otro género, si cabe peor, puesto que en el mal terreno de los hechos introduce la falsedad, y en el de las ideas el error, el sofisma y la duda.

VENTURA GÁLLEGOS.

(Se continuará.)

TRADICIONES RELIGIOSAS

DE GALICIA.

SANTA TRAHAMUNDA.

Hay cerca de Pontevedra,—Pontevedra, maga escondida entre montes como el Tauro y el Libano—en una planticie de fértil y abundosa vegetacion, un hermoso lugar que domina á un espléndido panorama topográ-

fico é hidrográfico, en cuyo recinto se ostentan casi todo el año mosaicos de verdura, y las brisas perfumadas por las lozanas flores de las frescas márgenes de sus arroyuelos, reaniman la existencia y predisponen al poeta á la mas dulce meditacion.

San Juan de Poyo, en donde se celebra la romería de mas concurrencia de esta hespéria gallega, es un giron del Paraíso, la perla mas rica de la nacion española: mujeres de turgente seno y alabastrino cuello, de rosadas megillas y cabellera de oro, de embriagador acento y tierna mirada, embellecen la existencia de los vecinos de Poyo, sencillos labradores que cultivan el campo entonando endechas de amor desde que el sol asoma con sus fulgores de esmeralda por el cielo diamantino de Buen, hasta que pálido y melancólico se recoje por detrás del gigantesco Castrove, el Polion de la bella Helenes.

En la iglesia del ex-convento de Poyo, se halla una tumba de piedra de granito ordinario, toscamente labrada, de seis pies de largo y tres de ancho poco mas ó menos, muy semejante á esos féretros humildes en que son conducidos á la última morada, sin música, ni cantos, ni acompañamiento de amigos... los pobres que mueren en oscura cloaca, faltos de todo auxilio corporal, y quizás espiritual, por hallarse solos en sus últimos instantes.

El viajero que por primera vez visita esta suntuosa iglesia, ve desde luego al lado derecho de la entrada, cerca de un altar consagrado á San Benito, casi en la parte media del templo, una tumba de piedra, alumbrada por la débil luz de una lámpara de aceite, la tapa descubierta en formilitudinal, como á tres pies del suelo sobre un pedestal de su misma materia, y en la pared, tambien á la melancólica luz de dicha lámpara, se distingue un lienzo con el retrato de la que se dice fué depositada en la dicha tumba, en traje de monja carmelita, con una palma en la mano derecha casi imperceptible.

Mas abajo, en un cuadro carcomido, escrito sobre papel marquilla, con caracteres de letra antigua española, se lee una inscripcion en verso.

He procurado averiguar el origen de esta tradicion, y solo he podido saber que *Santa Trahamunda*, diz que ha sido conventual del Carmen en Toledo, y que en una persecucion que tuvieron las religiosas de su monasterio, no sé de qué enemigos, sufrió el martirio, y que siendo natural de San Juan de Poyo, se apareció un dia en el átrio de la iglesia del convento con una palma en la mano, simbolo de su muerte, pero hermosa como si aun tuviese vida; por cuya razon

los monjes benedictinos de Poyo, la depositaron en la descrita tumba, plantando la palma en el cementerio de su convento, que hoy lo es de la parroquia.

Llevando mas adelante mis pesquisas, se me ocurrió ir á la mansion funeraria; dando pábulo á mi curiosidad, el haber visto á una viuda de regular edad, coger del túmulo de la santa un puñado de tierra y dirigirse tétrica y silenciosa al cementerio.

Erase el dia 29 de Mayo de 1859.

Doliente y entristecido encaminára mis pasos á San Juan de Poyo, con la esperanza de ver en la naturaleza gentil de este privilegiado recinto, objetos que alegrasen mi corazon.

La mujer se arrodilló al pié de una enhiesta palmera que hay en el primer ángulo derecho de esta morada de los muertos, y soltando la tierra sobre una lápida de cortas dimensiones, rompió á llorar con entrecortados suspiros.

Su pena me hizo preguntarla, no sin sorpresa suya:

—¿Por qué llorais? ¿qué significacion tiene la tierra que habeis depuesto sobre esa lápida?

—Esta tierra es de Santa Trahamunda: esta lápida es de mi hija.

—¡Santa Trahamunda! exclamé maravillado, ¿sabeis quién ha sido esa santa?

—¡Cómo! ¿pues no lo he de saber?...

Y entonces me refirió lo que ya llevo escrito, añadiendo:

Que la palmera aquella era la misma palma con que la santa se apareciera en el convento, y que la tierra de su tumba perdonaba los pecados de las criaturas: por lo que ella venia muchas veces al pié de la palmera donde habia enterrado á su querida hija, muerta á los 15 años, honor que se disputaban muchos deudos de difuntos, y que á ella le habia sido concedido por favor especial, en atencion á la gran pérdida que sufriera en su única y hermosa hija, próxima á casarse con un cadista honrado y de fortuna.

Quise despues aclarar mas esta tradicion y habiéndome admirado de que los restos de la santa no estuviesen en la caja de piedra, se me contestó que estaban debajo, á donde los colocaran hace tiempo para que estuviesen mas seguros.

¿Cómo es que la tumba tiene tierra en vez de huesos, y esta tierra nunca se concluye? Creo que la ponen allí de otros sitios para que el nombre de la santa le dé virtud. Esto es cuanto pude llegar á saber de esta tradicion, que no sé si estará consignada en algun libro de la iglesia: aunque en la descripcion de la romería de Poyo que tengo en mi

coleccion de impresiones de viaje por Galicia, hago una reseña arquitectónica del convento é iglesia de Poyo, no me refiero á Santa Trahamunda, y escribo ahora estas líneas acerca de ella por si pueden servir de estímulo á otros mas afortunados que yo, que tengan la suerte de adquirir un verdadero conocimiento de su origen que no parece fabuloso.

El sitio es ameno como el mas espléndido del pensil de Granada; convida á la meditacion y al estudio, por lo que no habrán de arrepentirse los que se dirijan á él con objeto de saber mas de lo que sé yo de la vida de Santa Trahamunda.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

A M. I.

DESPUES DE UN BAILE DE MÁSCARAS.

El ambiente, la luz, la melodía,
La dulce y venturosa
Ilusion que gozaba el alma mia,
La dicha que sentí,
Todo vino á decirme, niña hermosa,
Que tú estabas allí.

¡Cuánto bien, cuánto amor, cuánta dulzura,
Gozaba yo á tu lado!
¡Qué inefable, qué lánguida ventura
Sentí viendo tu faz!
Tu rostro bello adiviné, aun velado
Por el negro antifaz.

Me diste mil consejos dulces, bellos,
Y desde aquel instante
En que ví de tus gracias los destellos,
Y que tu rostro ví,
Todos los sigue el corazon amante,
Pensando siempre en tí...

J. S. G.

LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

Los primeros rayos del sol comenzaban á penetrar por la ventana entreabierta del cuarto de Arturo, cuando se incorporó súbitamente en la cama.

—¿Si será muy tarde? dijo: No, no puede ser, sinó hubiera entrado el muchacho á despertarme á la hora acostumbrada. Y un reloj de la sala próxima dió la seis de la mañana.

—¡Las seis todavia! Y parece que haya estado durmiendo un siglo. No hubiese querido despertar de aquel ensueño fascinador que ha dominado durante toda la noche mi abrasada mente, como la aura matinal que juguetea con la pura azucena, cuyos pétalos se abren para recoger la fresca brisa que regenera su organismo. Nunca habia experimentado esta dulce emocion que embarga mis sentidos. Mis sueños han sido siempre triviales y tranquilos, y el de esta noche fué tormentoso. Una fantástica vision con blancas vestiduras no se ha separado ni un instante de la cabecera de mi lecho. Aun se me figura estar escuchando las dulces palabras con que halagaba mi oído.... ¡Sí!... ella es!... esos son sus rasgados ojos, su cabello de azabache, dulce voz... ¡Ah! María, ¡te adoro!...

Y dejó caer su cabeza sobre entrambas manos, cubriéndose el rostro, y abismándose en triste meditacion.

¡Pobre Arturo! La primera llama del amor ha inflamado ya tu inocente corazon que antes nada sentía. Los efectos de la primera pasion siempre son desagradables, aminorándose poco á poco á proporcion de las veces que se haya amado. El corazon de Arturo, era virgen hasta el presente de amores y devaneos, y á pesar de esto, es sobradamente sensible. Nunca habia amado á un ser extraño; únicamente profesaba un cariño entrañable á sus queridos padres; por eso hoy al sentir esa nueva impresion en su pecho, no puede darse razon de lo que por él está pasando; pero sucumbe en brazos de Cupido, abrumado por su poder que es infinito.

Transcurrieron dos horas, sin que hiciera el menor movimiento, hasta que en el reloj vecino dieron las ocho, y entonces determinó levantarse, lo que verificó lentamente. Sentose á su bufete y para procurarse distraccion escribió varias cartas á diferentes amigos, y así pasó la mañana hasta que fué llegada la hora del almuerzo. Despues de tomar el desayuno, vistiose convenientemente y salió de casa.

Espor fin llegado el momento tan deseado. Cual latía su corazon al pensar que iba á ver á María. Mil ilusiones lisonjeras preocupaban su mente y todos sus cálculos creia poderlos realizar como por encanto.

Ensimismado en estas ideas, andaba ma-

quinalmente, encontrándose de pronto en casa de los señores de Mendialdúa. Recibido por un criado que pasó recado, y después de una larga antesala, aparecieron los dueños y entablaron con Arturo el siguiente diálogo:

—Dispénosenos V. querido Arturo, por nuestra tardanza, estábamos en el tocador María y yo, dijo D.^a Esperanza.

—Nada de eso, no merece nombrarse; contestó Arturo.

Y añadió aquella dirigiéndose á su esposo:

—Este joven es Arturo Bracamonte, hijo de Enriqueta Haro, mi compañera de infancia, el que nos libertó ayer de una mayor desgracia.

—Ese proceder tan noble es un rasgo de desinterés, hijo de un corazón magnánimo; dijo D. Nicolás apretando entre sus manos una de Arturo. El suyo siempre ha sido lo mismo. ¡Cuánto lo recuerdo! Cuando era V. un muchacho, maravillaba á todos su desprendimiento. Déjeme V. le relate uno de estos hechos, que nunca se me ha borrado de la memoria; me deleita cada vez que lo cuento. Un día que jugaba V. con María como de ordinario lo soliais hacer cuando niños, al regresar de los colegios, Esperanza le guardaba unas natillas que le gustaban en extremo á V. para la merienda y otra cualquier cosa á María, pues habia comido natillas ya, empeñose esta en querer comerlas y tan luego se apercibió V. de su petición le cedió el plato gustoso y no quiso usted comer hasta que ella las hubo probado.... ¡Cuál pasa el tiempo! entonces tenia usted cuatro años, un rapazuelo, hoy un hombre.

Y D. Nicolás quedó pensativo.

—Es una amarga verdad que entristece el alma, dijo Arturo. Mas ya que en mi niñez me trataban Vds. con tanta familiaridad, ¿por qué no me la conceden hoy, que después de tantos años vuelve á reanudarse nuestra cariñosa amistad?

—¿Cómo quieras, Arturo, repuso doña Esperanza, y en verdad que nos place, pues siempre te quisimos como á un hijo; ¿pero cómo es que te encuentras aquí? ¿No estabas con tus padres en la corte, donde trasladasteis la residencia hace diez y seis años?

—No tal, replicó aquel, el pasado año terminé la carrera de ingeniero civil y empleado por el gobierno, no me dejan ni un momento al lado de mis padres, siempre viajando por España y alguna vez por el extranjero. Há dos días vine aquí comisionado para recorrer los caminos vecinales, y gracias á la casualidad pasaba ayer por el sitio del siniestro, pudiendo de este modo

ser á Vds. útil, y tener ocasion para volverles á visitar, pues de seguro no las hubiera reconocido á haberlas visto por la calle: ya se me habian borrado de la memoria sus facciones.

—Ahora, pues, que volvemos á tenerte á nuestro lado, no dejes de venir á nuestras reuniones nocturnas, dijo doña Esperanza.

—Tendré sumo gusto en asistir á ellas, repuso Arturo. Y si la cortesía y el respeto con que debe mirarse á una señorita no me lo impidiera, me atreveria á proponer á María me diese igual trato que en aquellos tiempos tan felices para ambos.

—¿Por qué no? replicó María, á cuyo rostro habian asomado dos rosas, aunque no te he vuelto á ver desde entonces, siempre he guardado un agradable recuerdo de mi buen amigo Arturo.

—Cuán buena eres, María, dijo Arturo impresionado.

Durante este diálogo, los dos jóvenes se dirigian vivas miradas que encerraban en su muda elocuencia todo un poema de amor.

El sonido de un timbre se escucha en la antesala; un criado recoge el portier que cubre la puerta de entrada, y anuncia al marqués de la Alzada.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)

ROMANCE ORIENTAL.

Muy alegre vá Zoraida
por la orillita del mar,
y las juguetonas olas
Sus piés besan con afán.

Muy alegre vá Zoraida,
Zoraida la del lunar;
porque su amante está cerca
y muy pronto le verá.

¡Qué risueña está la tarde!
á Zoraida á saludar
se detiene una avecilla,
una avecilla fugaz.

Sobre su talle la rosa
se inclina, porque al pasar
rose la bella Zoraida
sus pétalos de coral.

Y de Zoraida la trenza
hace la brisa ondular,
pareciendo que envidiosa
de ella se muestra la tal.

El sol, su disco de fuego,
tras el monte oculta ya,
y se retira lloroso
otro hemisferio á alumbrar:

Llega Zoraida á la playa
do cree su amante está:
¡mas ¡ay! su frente se inclina
y pregunta al sol y al mar
al ruiñón y á la brisa
dónde su amante estará:
¡á luchar con los cristianos
lo ha llevado Abderraman! (1)

Abderraman el poeta
que su canto al entonar
al pié de gentil palmera
que la Alhambra adornará,
olvida que otros la sangre
vertiendo por él están.

¡Maldito sea el califa!
¡maldiga al califa Alá!
que por conquistar á España
Roba á Zoraida la paz.

¿Qué importa á Zoraida España?
¡qué la importa el mundo ya
si con sangre de su amante
regado su suelo está?

¿Qué sombría está la noche!
¡qué triste la noche está!
no viene la blanca luna
á Zoraida á consolar,
ya no suspira la brisa
ni ostenta la pura rosa
sus pétalos de coral:
¡que sombría está la noche!
¡qué triste la noche está!

Llorando viene Zoraida
por la orillita del mar
y las juguetonas olas
quieren consolar su afán.

¿Qué triste viene Zoraida,
Zoraida la del lunar,
porque su amante está lejos
y á verle no volverá!

E. LAVERNIA.

(1) Abderraman II califa de Granada componia sus poesias al pié de una palmera.

MOVIMIENTO LITERARIO.

Con el título de *Los españoles de Ogaño*, ha publicado el conocido escritor madrileño Don Victoriano Suarez, dos lindos tomos de mas de trescientas páginas cada uno, los cuales contienen una coleccion de tipos dibujados á pluma por nuestros primeros literatos. La obra en cuestion viene á ser una continuacion de la que con tanto éxito se publicó hace bastantes años con el título de *Los españoles pintados por sí mismos*, y que tan buena acogida tuvo por parte del público. Entre los escritores que han tomado parte en su colaboracion, se encuentran los señores Frontaura, Sanchez Perez, Alcalde Valladares, Lustonó, Palacio, Bustillo, Monreal, Moreno Godino, Maria Barrera, Perez Echevarria, Sepúlveda, Zamora, Caballero, Perez Galdós, Sanmartin y Aguirre, Santisteban, Mondejar, Mendoza, Constantino Gil y Luceño Becerra. En la librería de D. Pascual Aguilar se halla á la venta al precio de 24 reales.

Nuestro amigo y colaborador el conocido y festivo escritor de costumbres D. Ricardo Sepúlveda, ha dado últimamente á la luz pública una nueva novela de verano titulada: *En el sitio!*.... la cual, como todos los trabajos de dicho señor, ha llamado justamente la atencion pública, tanto por su originalidad, como por la multitud de chistes en que abunda.

Felicitemos sinceramente á nuestro amigo por su nueva produccion.

Con el título de *Nu d'abelles*, ha comenzado á publicar por entregas nuestro amigo y colaborador el joven escritor D. Constantino Llobart, una coleccion de epigramas lemosines de los mas reputados escritores valencianos, catalanes y mallorquines. La primera entrega, que tenemos á la vista, contiene epigramas de los señores Estellés, Baldoví, Llobart, Franquera, Sanmartin y Aguirre, etc. Recomendamos esta obra á todos los amantes de la lengua de oc.

Valencia: Imp. á cargo de R. Ortega, Cocinas, 1.ª